

LA EUCARISTÍA, ESCUELA DE LA CARIDAD 2.0

“La Iglesia vive de la Eucaristía”. Con esta afirmación contundente, experiencia cotidiana de nuestra fe, comienza la encíclica *Ecclesia de Eucaristía*. Si, como decía el Concilio Vaticano II, el sacramento de la fracción del pan es “fuente y cima de toda vida cristiana” y “centro de la vida eclesial”, y la caridad resulta ser un elemento nuclear de la vivencia del Evangelio, se comprende muy bien que entre la Eucaristía y la Caridad haya vínculos indisolubles. El Día del Corpus Christi es, al mismo tiempo, no por casualidad, Día de Caridad. La Eucaristía se celebra, en cierto modo, sobre el altar del mundo. Y el nuestro es un mundo que sufre y anhela, que tiene hambre de pan y de justicia, pero también sed de sentido y de trascendencia. Nada humano nos puede ser ajeno a quienes estamos llamados a contagiar la pasión por el Evangelio. La Iglesia siempre enseñó que solo la caridad hace posible el crecimiento en la vida de gracia, porque si no tengo caridad, no soy nada (cf. 1 Co 13,2).

En este tiempo de Pascua, en un contexto de sufrimiento generado por la pandemia que se suma a una gravísima crisis económico-financiera, experimentamos con gozo, como los despistados discípulos de Emaús, que el Señor se ha puesto a caminar a nuestro lado, ha decidido ser nuestra compañía perpetua y se ha constituido en “pan partido, alimento de fraternidad”.

Somos pueblo y somos “su” pueblo. Pero necesitamos abrir más los ojos. Tenemos que escudriñar con más precisión qué nos pide Dios en esta hora complicada. Por eso, a raíz de la pandemia iniciamos un proceso de reflexión y consultas dentro y fuera de la familia Cáritas. “La nueva imaginación de la Caridad” reclamaba de nosotros autocrítica, lectura continua de los signos de los tiempos, caminar muy cerca de la Iglesia diocesana, de sus comunidades, de sus curas y, sobre todo, de sus pobres para responder a los nuevos desafíos. “Nos urge la Caridad de Cristo”. Somos su mano larga entre quienes están recibiendo auténticos bofetones por la crisis, la precariedad, la injusticia, la mala suerte o las limitaciones personales.

Necesitamos repensar nuestras respuestas y esto solo puede hacerse desde la más genuina escuela de la Caridad, donde se actualiza que nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos.

La Caridad cuenta con una herramienta privilegiada. Es algo que lleva mucho tiempo haciendo bien el personal profesional y voluntario de Cáritas: el encuentro personal con los pobres. Mirar a los ojos de las personas, dejarnos sorprender por sus historias, percibir el paso de Dios por sus vidas destartaladas, y ponernos a tiro de su interpelación - ¡y de su cariño! - nos hace abandonar zonas de confort y rigideces personales o institucionales. La Caridad pone, como siempre, a la persona en el centro, pero insiste en ponernos también a tiro de su ternura y de sus sentimientos. El Papa Francisco ha acuñado un concepto que lo dice todo: “amigos de los pobres”. Por eso, queremos pronunciar sus nombres con cariño y que ellos pronuncien el nuestro del mismo modo. No nos parapetaremos en los espacios, roles o procedimientos. Somos nosotros quienes tenemos que adaptarnos a las necesidades de las personas vulnerables y no al revés. Nadie se ha de ir sin experimentar el abrazo de la Iglesia, aunque sea de impotencia compartida. Queremos también devolverles el protagonismo y la palabra que les corresponde. También en nuestras comunidades cristianas que quieren evangelizar a través de la caridad. ¡Qué mayor alegría que lleguen a formar parte de estas y asuman responsabilidades eclesiales!

No debemos ser solo una suerte de cartera de servicios sociales excelentemente cualificada (que también es importante, porque las personas en necesidad merecen lo mejor), sino hombres y mujeres creyentes que ofertan espacios seductores de fraternidad y sentido (las comunidades cristianas), empeñadas en hacer la vida más vivible al prójimo y lograr una sociedad más justa.

No queremos que nadie se quede sin lo que necesite. No consentiremos que nadie se vea privado de derechos porque dejemos de alzar la voz cuando sea preciso. Pero nadie debe quedar sin experimentar que nuestra mejor oferta, como la de Pedro al paralítico de la Puerta Hermosa de Jerusalén (Hch 3,1 ss.) es la del Resucitado que mueve nuestra vida, caldea nuestra existencia y dota de un misterioso sentido incluso los fracasos, debilidades e impotencias.

Para ello tendremos que seguir trabajando en eso que venimos llamando abreviadamente: ITT. La "I" de la identidad: no olvidar quiénes somos, Quién nos llama y a qué estamos vocacionados. No es la simple filantropía la que nos moviliza: nos urge la misma Caridad de Cristo. La "T" de la transversalidad, porque nos sentimos parte de la misma Iglesia que se hace presente en el campo de lo social con múltiples fórmulas y carismas con los que habremos de colaborar fraternalmente. También con los que sin ser de "los nuestros", no están contra nosotros (cf. Mc 9,38). Especial interés reclaman quiénes están a pie de calle. Y, por supuesto, con las administraciones públicas de cualquier signo que deberán velar por la vida, el bien común y la justicia social. Por fin, la "T" del territorio, porque este no es una frontera administrativa, sino un modo de asegurar que nadie quede sin atención. En él se despliega la malla tupida de las acogidas parroquiales y también infinidad de obras, proyectos y servicios no siempre bien conocidos y aprovechados.

Tenemos mucho por delante. Lo mejor es nuestra gente y su entusiasmo incansable. Cuando contamos con comunidades cristianas, aunque sean muy modestas, pero con vida sacramental y evangélica rica, sea en grandes ciudades o pueblos chicos, con curas inasequibles al desaliento, encantados de patear las calles, visitar a los enfermos, acudir a las casas, querer y dejarse querer por toda su gente y tratar con todos los pelajes de personas, fomentando un laicado comprometido y corresponsable, abiertos a colaborar con los demás, evitando la autosuficiencia, entonces, por gracia de Dios, se producen auténticos milagros.

También es verdad que somos un desastre y fallamos mucho. Pero le seguimos reconociendo al partir el pan. Nuestro corazón arde de entusiasmo cuando le sabemos a nuestra vera y cuando le descubrimos disfrazado en tantos hermanos y hermanas nuestros que lo pasan mal. El ideal cristiano es la santidad y "la santidad no es sino la caridad plenamente vivida" (GE 21). No hay caridad de espaldas al sufrimiento humano. Los pobres son carne de Cristo. Por eso, en la Iglesia, solo la Eucaristía lleva a los cristianos a la más radical y purificada forma de "fe que actúa por la caridad" (Gal 5,6).

Corpus Christi. Jesús Eucaristía. Por eso, el jueves 3 de junio las personas de Cáritas salimos a la calle en una jornada de cuestación. Jesús alimenta nuestro torpe caminar. Lo celebraremos el domingo 6 de junio con toda solemnidad. No es para menos. Él nos ayuda a volver al amor primero, al evangelio sin glosa. El nos sigue convocando a bajar de las cruces a todos los crucificados y a aliviar, cual Cirineos, el peso de las ajenas mientras llevamos las propias. En el fondo, nada nuevo. Nada que no hayan vivido tantos santos y santas conocidos y "de la puerta de al lado". A fin de cuentas, la Caridad 2.0 no es tan novedosa. Tan solo invita a mirar al Cenáculo y a confeccionar la lista de las compañías de Jesús.

José Luis Segovia Bernabé
Vicario episcopal
para el desarrollo humano integral y la innovación